

Comentarios sobre la desaparición de la fauna y su conservación

Fidel José Fernández y Fernández-Arroyo

1. Sobre el exterminio de algunas especies emblemáticas.

El 1 de septiembre de 1914, en el parque zoológico de Cincinnati (Estados Unidos), un guardián encontró muerta a *Martha*. Era una paloma emigrante norteamericana (*Ectopistes migratorius*), la última del mundo.

El 24 de marzo de 1900 aún fue abatido a tiros un superviviente libre (una hembra), al parecer el último. En 1909, se ofreció una recompensa de 1.500 dólares (una cantidad fabulosa para la época) al que diera información sobre alguna pareja nidificante; nadie pudo hacerlo.

¿Cómo es posible que el ave más numerosa de la Tierra se convirtiera, en un tiempo récord, víctima de la codicia y la estupidez humanas, en el símbolo de la extinción? Se han descrito bandadas formadas, según se estimó, por miles de millones de esas palomas, que oscurecían el cielo; y, a pesar de su rapidez de vuelo, podían tardar horas o días en pasar por un lugar. Hacia 1876-1877, se reseñó una colonia de cría de 45 kilómetros de longitud y 6'5 km. de anchura media, con varios (o con muchos, a veces bastante más de cien) nidos en cada árbol. De hecho, algunos árboles llegaban a estar tan sobrecargados de nidos, o de palomas, que las ramas se partían bajo su peso. Cuando, en 1857, el comité de Ohio en el Senado recibió una propuesta de protección para las palomas migratorias, rechazó tal propuesta, alegando que había tantas palomas emigrantes que no podían desaparecer nunca.

Las causas de este asombroso exterminio han sido ampliamente debatidas. El último periquito de Carolina (*Conuropsis carolinensis*) murió asimismo en el zoo de Cincinnati, en febrero de 1918; aunque, irónicamente, la especie había llegado a considerarse una plaga. Otra ave americana de extraordinaria abundancia (tanto, que se dijo podía ser la segunda más numerosa), el zarapito esquimal (*Numenius borealis*), también fue cazada en enormes cantidades y prácticamente eliminada, llevándose consigo el secreto de sus increíbles viajes migratorios, aunque algún raro y misterioso superviviente ha seguido apareciendo durante décadas. Y no olvidemos que uno de los emblemas de la gran pradera, el bisonte norteamericano (*Bison bison*), cuya población se había calculado en más de sesenta millones de ejemplares, estuvo a punto de correr la misma suerte. Su pariente, el bisonte europeo (*Bison [Bos] bonasus*), sufrió un retroceso mucho más prolongado, durante largos siglos; y llegó a desaparecer en libertad.

En bastantes sabanas africanas y estepas euroasiáticas, buena parte de la gran fauna fue diezmada. También lo fue, de forma quizás menos conocida pero también brutal, en distintos desiertos del Viejo Mundo: el espléndido antílope azul (*Hippotragus leucophaeus*) en el sur de África, o la gacela roja (*Eudorcas [Gazella] rufina*) en el norte del mismo continente o el avestruz de Arabia (*Struthio camelus syriacus*). Otros grandes animales, después de ser eliminados en libertad, fueron “rescatados” a partir de una exigua población cautiva y reintroducidos en su medio, aunque su situación sigue siendo muy vulnerable; como en el caso del increíble oryx de Arabia (*Oryx leucoryx*), que vivió en algunos de los desiertos más inhóspitos de esa península o de la gacela dama occidental (*Dama dama*) en los desiertos norteafricanos, en este último caso recuperada gracias a la iniciativa española.

No sólo “cayeron” los elefantes y sus parientes. Después de la llegada del hombre, desaparecieron todos los moas de Nueva Zelanda (entre ellos, el *Dinornis giganteus*, ave de unos cuatro metros de altura), así como la enorme águila de Haast (*Harpagornis moorei*) que los cazaba; el pájaro elefante (*Aepyornis maximus*) de Madagascar, de casi 500 kg., cuyos huevos (mayores que los de cualquier dinosaurio) aún siguen encontrándose. El dragón de Komodo, *Varanus komodoensis*, sobrevive en Komodo e islas cercanas. El tilacino o tigre de Tasmania o lobo marsupial (*Thylacinus cynocephalus*); que parece ya extinguido, pues el último ejemplar conocido murió en el zoo de Hobart (Tasmania) el 7 de septiembre de 1936, en el mismo año en que el Gobierno de la isla lo declaró especie protegida, aunque desde entonces se discuten indicios de que quizás pudiera quedar alguno en distintas zonas de Oceanía.

También fueron exterminados el uro (*Bos primigenius*) y el asno salvaje del norte de África (*Equus africanus [asinus] atlanticus*) hace bastantes siglos, el oso del Atlas (*Ursus arctos crowtheri*) en el siglo XIX, y el león bereber (*Panthera leo leo*) en el siglo XX, si bien de este último aún existen ejemplares cautivos (algunos de ellos, en el zoo de Madrid). Las últimas expediciones tampoco han encontrado ningún superviviente del enorme rinoceronte blanco del norte (*Ceratotherium simum cottoni*) (aunque quedan unos siete en cautividad), ni del rinoceronte negro occidental (*Diceros bicornis longipes*) (que vivía en otras zonas de África, y se declaró extinguido en 2011), ni de una de las razas del rinoceronte de Sumatra (*Dicerorhinus sumatrensis lasiotis*) (en Asia), ni del rinoceronte de Java continental (*Rhinoceros sondaicus anamiticus*) (una intensa búsqueda, con perros adiestrados, permitió hallar en 2010, en Vietnam, el cadáver de un ejemplar matado por furtivos, que se considera el último). (La otra subespecie continental del rinoceronte de Java, *Rhinoceros sondaicus inermis*, fue exterminada en la primera parte del siglo XX).

En los últimos siglos, parte de la gran fauna marina también fue eliminada; desde la vaca marina de Steller (*Hydrodamalis [Rhytina] gigas*), literalmente barrida del mapa menos de treinta años después de que se divulgara su existencia, hasta la foca monje del Caribe (*Monachus tropicalis*), cuya última cita fiable parece ser de 1952.

Volviendo a las aves, sorprende que tantas especies o razas fueran eliminadas. Puede recordarse aquí la triste anécdota del camionero que, hacia mediados del siglo XX, mató de un disparo a una de los últimos picos carpinteros imperiales (*Campephilus imperiales*) (el picamaderos imperial, el mayor pico carpintero del mundo), y dijo de él que “era un gran pedazo de carne”.

En Europa, el alca gigante o “pingüino del norte” (*Pinguinus [Alca] impennis*), que debió contar con cientos de miles de ejemplares en una extensa área del Atlántico, y cuyos dos últimos supervivientes conocidos (macho y hembra, al parecer con un nido) fueron matados hacia el 4 de junio de 1844, en la isla islandesa de Eldey. Podrían añadirse algunas subespecies o especies insulares, incluyendo el célebre ostrero canario (*Haematopus meadewaldoi*), del que no existen registros seguros (sólo unas pocas referencias dudosas) desde el 3 de junio de 1913, cuando fue abatido, en La Graciosa, un ejemplar que quizás fuera el último; y al igual que en el caso del alca gigante, fue el interés “científico” quien le dio la puntilla, cuando ya quedaban muy pocos. Un caso distinto sería el de un misterioso viajero, el zarapito fino (*Numenius tenuirostris*), que podía verse en Europa durante sus enigmáticas migraciones entre Asia y África; y que posiblemente no haya desaparecido del todo aún, pues de vez en cuando todavía se observa algún ejemplar (o se observaba, al menos hasta fechas muy recientes).

Sin embargo, otras aves se han extinguido o casi en Europa, en los últimos siglos, pero no en el mundo. Por ejemplo, el enigmático torillo (*Turnyx sylvatica*), del que parece puede sobrevivir alguno en Andalucía y es seguro que está presente aún en África (y con distintas subespecies, también en Asia); quizás el búho moro o lechuza mora (*Asio capensis*) (que persiste en África), el francolín ventrinegro (*Francolinus francolinus*) (que vive Asia, y del que no parece claro que su antigua presencia en Europa fuera natural), o la grulla damisela (*Anthropoides virgo*) (aunque ésta sigue viviendo en el extremo más suroriental de Europa, así como en bastantes zonas de Asia y alguna de África). Tal vez el caso más conocido sea el del ibis eremita (*Geronticus eremita*), que aún sobrevive en África; además, parece existir alguna mínima población residual en Asia, después de que en la Turquía asiática se extinguiera (en libertad) en fechas recientes (a pesar de todos los manejos que se hicieron para evitarlo, y en parte precisamente por tales manejos); y por otra parte, la población cautiva permitió iniciar, hace pocos años, un controvertido proyecto de reintroducción en Cádiz.

No sabemos cuántas especies de seres vivos comparten nuestro mundo. Ni siquiera conocemos el orden de magnitud de esa cifra (¿diez millones, cien millones?). Sí sabemos que son muchísimas más (con gran diferencia) las especies desconocidas que las descritas (éstas últimas, al parecer, oscilan entre un millón y medio y dos millones).

En Canarias, el enigmático lagarto gigante de La Palma (*Gallotia auaritae*), cuya existencia (o supervivencia) se sospechaba (ver Fernández, 2002), fue descubierto (o redescubierto) y fotografiado con vida en fecha tan reciente como el 13 de julio de 2007 (Mínguez et al., 2007), y al parecer podría haberse extinguido ya (ver Masó y Pijoan, 2011).

El 6 de enero de 2000 moría, en la provincia de Huesca, el último ejemplar (una hembra vieja, llamada “Laña”) de cabra montés del Pirineo (el célebre bucardo, *Capra pyrenaica pyrenaica*), a pesar de que la conservación del bucardo fue uno de los motivos por los que se creó, ya en 1918, el Parque Nacional de Ordesa. Antes, hacia el final del siglo XIX, desapareció el moeyu o mueyu, la cabra montés del noroeste ibérico (*Capra pyrenaica lusitanica*), que vivía desde el norte de Portugal hasta Galicia y Asturias; la última caza conocida de un ejemplar tuvo lugar entre 1890 y 1892; se conservan animales disecados al menos en los museos de Coimbra, Lisboa y París. También entre los siglos XIX y XX, estuvo en una situación límite otra raza, la cabra montés de Gredos (*Capra pyrenaica victoriae*), salvada de una extinción que parecía casi inevitable.